

## XII

Desde el siguiente día, Pascual se encerró en el fondo del caserón desierto. Ya no salió más; cortó por completo las escasas visitas de médico que aún hacía, y vivió allí, con puertas y ventanas cerradas, en una soledad y en un silencio absolutos. Y Martina tenía orden terminante de no dejar entrar á nadie, bajo ningún pretexto.

—Pero, señor, ¿y á la madre de V., la señora Felicidad?

—A mi madre menos que á nadie. Tengo mis razones... La dices que estoy trabajando, que necesito recogerme, y que la ruego que me dispense.

Una tras otra, se presentó la anciana señora de Rougon tres veces. Armaba la de Dios es Cristo en la planta baja, y la oía él alzar la voz, encolerizándose, queriendo forzar la consigna. Luego, se apagaba el ruido, y no había más que un cuchicheo de queja y

de conjura entre ella y la criada. Y ni una vez cedió, ni se asomó desde el rellano de la escalera para gritarla que subiese.

Un día, se atrevió Martina á decirle:

—Señor, mirándolo bien, es muy duro eso de cerrar la puerta á su madre. Y más viniendo la señora Felicidad con buenos sentimientos, porque sabe los grandes apuros del señor y sólo insiste en ofrecerle sus servicios.

Desesperado, gritó:

—No necesito dinero, ¿oyes?... ¡Qué demonio! trabajaré, me ganaré la vida.

Sin embargo, iba haciéndose apremiante la cuestión del dinero. Empeñábase en no distraer un céntimo de los cinco mil francos guardados en la cómoda. Ahora que estaba solo, tenía completa indiferencia por la vida material, y se hubiese contentado con pan y agua; y cada vez que la criada le pedía para comprar vino, carne, alguna golosina, encogíase de hombros. ¿Para qué? Aún quedaba un zoque de pan de la víspera; ¿no era suficiente? Pero en su ternura hacía el amo á quien veía sufrir, contristábase de aquella miseria más dura que la suya misma, de esa desnudez de pobre á que se abandonaba con la casa entera. Mejor se vivía con los obre-

ros del arrabal. Por eso, durante todo un día, pareció presa de un terrible combate interior. Su amor de perro fiel luchaba contra su pasión por el dinero, atesorado céntimo á céntimo, oculto Dios sabe dónde, haciendo cría, según frase de ella. Mejor hubiese dado un pedazo de carne de su cuerpo. Mientras había sido sólo á sufrir el amo, no se le ocurrió á la criada la idea de tocar á su tesoro. Y fué un heroísmo extraordinario el de la mañana en que, en último trance, viendo apagado el fogón y vacía la despensa, desapareció durante una hora, regresando después con provisiones y con la vuelta de un billete de cien francos.

Precisamente bajaba Pascual, y se extrañó; fuera de sí, y dispuesto á tirarlo todo á la calle, la preguntó de dónde procedía aquel dinero, creyendo que habría ido á casa de su madre.

—¡No! ¡No, señor!—tartamudeó ella.—De ninguna manera, no es eso...

Y concluyó por espetarle el embolismo que había preparado.

—Imagnese V. que se arreglan las cuentas en casa del señor Grandguillot, ó á lo menos esa traza me parece á mí que llevan... Esta mañana me dió la idea de ir á ver y me

han dicho que con seguridad pescará V. alguna cosilla, y que podía recoger yo cien francos... Sí, hasta se han contentado con un recibo mío. Ya regularizará V. eso más tarde.

Apenas pareció sorprendido Pascual. Esperaba ella que no saldría para comprobar el hecho. Sin embargo, sintióse aliviada de un peso al ver con qué indiferente facilidad aceptaba su embuste.

—¡Ah, tanto mejor!—exclamó.—Bien decía yo que nunca se debe desesperar. Con eso tendré tiempo de arreglar mis asuntos.

Sus asuntos eran la venta de la Soulejade, en la cual había pensado confusamente. ¡Pero qué pena tan horrible, abandonar aquella casa donde Clotilde había crecido, donde había vivido con ella cerca de diez y ocho años! Ya se había concedido á sí propio un plazo de dos á tres semanas para pensar en la venta. En cuanto tuvo la esperanza de que recobraría un poco de su dinero, no pensó en ello más. De nuevo se abandonó, comiendo lo que Martina le servía, sin advertir siquiera el mezquino bienestar que la criada reconstruía para él, de rodillas, y en actitud de adoración, destrozada al desfaltar su pequeño tesoro, pero contentísima de

mantener al doctor sin que sospechase que el alimento necesario lo recibía de ella.

Por lo demás, Pascual no la recompensaba de ningún modo. Aunque su buen corazón le hacía arrepentirse después, en el estado de fiebre desesperada en que vivía, con excesiva frecuencia se arrebatava contra la servidora al menor motivo de descontento. Una noche que había oído á su madre hablar sin fin en el fondo de la cocina, tuvo un acceso de ira furiosa.

—Oye, Martina, no quiero que entre más en la Souleíade... ¡Como la recibas abajo ni una sola vez, te echo de casa!

Escuchábale atónita. En treinta y dos años que llevaba sirviéndole, nunca la había amenazado así con despedirla. Grandes lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Ay, señor! ¡Tendría V. ánimos para eso! Pues yo no me iría de aquí; primero me quedaba atravesada en la puerta.

Avergonzóse él de su arrebató, y se hizo más dulce.

—Es que sé perfectamente lo que hay. Viene para aleccionarte, para azuzarte contra mí, ¿no es eso?... Sí; acecha mis papeles, quisiera robarlo todo, destruirlo todo, allá arriba en el armario. La conozco; cuan-

do quiere alguna cosa, pone todo su empeño en ella... Pues bien; puedes decirle que vigilo, que mientras yo viva no la dejaré que se acerque siquiera el armario. Y además, la llave está aquí, en mi bolsillo.

Reaparecía, en efecto, todo su terror de sabio acorralado y amenazado. Desde que vivía sólo, tenía la sensación de un peligro renaciente, de una continua celada en la sombra. Se estrechaba el cerco; y si era tan duro contra las tentativas de invasión, si rechazaba los asaltos de su madre, es porque no se equivocaba acerca de sus verdaderos propósitos, y temía flaquear. En cuanto ella se entronizase allí, le dominaría poco á poco, hasta el punto de convertirle en un cero á la izquierda. Por eso se renovaban sus tormentos: pasaba los días vigilando; por la tarde cerraba él mismo las puertas, y á menudo se levantaba de noche para convencerse de que no forzaban las cerraduras. Su mayor inquietud era que la criada, seducida, creyendo asegurar su salvación eterna, fuese á abrir la puerta á su madre. Creía ver los legajos ardiendo en la chimenea y hacía guardia en torno de ellos presa de una pasión dolorosa, de una ternura ardiente, por ese helado montón de pa-

peles, por esas frías páginas manuscritas, á las cuales había sacrificado la mujer, y que se esforzaba por amar sobre todo, con el fin de olvidar el resto.

Desde que ya no estaba allí Clotilde, Pascual se enfrascaba en el trabajo, trataba de anegarse y de sumirse en él. Si se encerraba, si ya no ponía los pies en el jardín, si un día en que Martina subió á anunciarle la visita del doctor Ramond había tenido fuerzas para responder que no podía recibirle, todo ese áspero apetito de soledad no tenía más propósito que anonadarse en el fondo de desesperada labor. ¡Con qué gusto hubiese abrazado al pobre Ramond! Porque adivinaba el sentimiento exquisito que le hacía acudir para consolar á su antiguo maestro. Pero ¿á qué venía perder una hora? ¿Por qué exponerse á emociones y lágrimas que le volverían cobarde? Desde el amanecer se sentaba á la mesa, pasaba allí mañana y tarde, y á menudo continuaba velando hasta muy entrada la noche. Quería realizar su antiguo proyecto: rehacer toda su teoría de la herencia con un plan nuevo, valerse de los legajos, de los documentos suministrados por su familia para establecer las leyes con arreglo á las cua-

les se distribuye la vida en un grupo de seres y se conduce matemáticamente de uno á otro hombre, teniendo en cuenta los medios. ¡Vasta biblia, génesis de las familias, de las sociedades, de la humanidad entera! Esperaba que lo amplio de semejante plan, el esfuerzo necesario para la realización de una idea tan colosal, le poseería por completo y le devolvería la salud, la fe, el orgullo, con el goce superior de la obra realizada. Por más que se empeñaba en apasionarse, en entregarse sin reserva, con encarnizamiento, sólo conseguía fatigarse el cuerpo y el espíritu, distraído á despecho de todo, ausente el corazón de sus faenas, cada día más enfermo y desesperado. ¿Era la definitiva bancarrota del trabajo? El, á quien el trabajo le había devorado la existencia, que lo miraba como el único móvil, bienhechor y consuelo, ¿iba, pues, á verse obligado á sacar por consecuencia que amar y ser amado supera á todo en el mundo? A veces caía en hondas meditaciones; continuaba esbozando su nueva teoría del equilibrio de las fuerzas, que consistía en probar que todo cuanto el hombre recibe en sensaciones tiene que devolverlo en movimientos. ¡Qué vida normal, plena y feliz, si pudiese vivir-

la entera, con un funcionalismo de máquina bien regulada, devolviendo en fuerza lo que quema en combustible, manteniéndose ella misma vigorosa y bella por el juego simultáneo y lógico de todos los órganos! Veía allí tanto trabajo físico como trabajo intelectual, tanto sentimiento como raciocinio, la parte correspondiente á la función genésica como á la función cerebral, sin haber fatiga nunca en un punto ni en otro, porque la fatiga es el desequilibrio y la enfermedad. ¡Si, sí! Volver á comenzar la vida y saber vivir, cavar la tierra, estudiar el mundo, amar á la mujer, llegar á la perfección humana, á la ciudad futura de la dicha universal, con el justo empleo de todo el ser: ¡qué hermoso testamento para legado por un médico filósofo! Y ese ensueño lejano, teoría apenas entrevista, acababa de llenarle de amargura al pensar que en lo sucesivo ya no era más que una fuerza derrochada y perdida.

En el fondo mismo de su pena, Pascual advertía una sensación dominante: estaba agitado. La pena por la ausencia de Clotilde, el sufrimiento de no tenerla ya, la certidumbre de que nunca la tendría más, invadía de hora en hora: oleada dolorosa que todo lo arrastraba consigo. El trabajo estaba venci-

do; á veces dejaba caer la cabeza sobre la cuartilla principiada, y lloraba horas enteras, falto de ánimo para volver á tomar la pluma. Sus afanosas tareas, sus días de voluntario anonadamiento, paraban en noches terribles, noches de insomnio ardiente, durante las cuales mordía la sábana para no llamar á gritos á Clotilde. En aquella casa tétrica donde se enclaustraba, ella estaba en todas partes. Al cruzar por cualquier aposento, veíala sentada en todas las sillas, en pie detrás de todas las puertas. Abajo, en el comedor, no podía sentarse á la mesa sin tenerla enfrente de él. Arriba, en el gabinete de trabajo, continuaba siendo su compañera persistente, constante; había vivido encerrada allí tanto tiempo, que su imagen parecía emanar de las cosas; sentíala evocada junto á él, la adivinaba derecha y esbelta delante del escritorio, inclinando sobre un dibujo al pastel su fino perfil. Y si él no salía para huir de aquella persecución del querido y torturado recuerdo, era porque tenía la certeza de encontrarla también doquiera: en el jardín, ensoñando al borde de la terraza, siguiendo con paso lento las calles del pinar, sentada bajo los plátanos refrescándose con la tierna canturía de la fuente, tendida en la

TOMO II.

13  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

era al crepúsculo, con los ojos puestos en el cielo, interrogando á las estrellas. Pero existía sobre todo para él un lugar de deseos y terrores, un consagrado santuario donde no entraba sino temblando: la alcoba en que se había entregado á él, donde habían dormido juntos. Guardaba la llave: no había cambiado allí de sitio ningún objeto desde la triste mañana de su partida; y aún estaba en un sillón una enagua olvidada al marchar. Allí respiraba hasta su aliento, su fresco olor de juventud, que había permanecido en el aire como un perfume. Abría los brazos enloquecido y estrechaba en ellos á su fantasma, flotante entre la suave media luz de las persianas cerradas, entre el rosa pálido de la india antigua de las paredes, color de aurora. Sollozaba delante de los muebles, besaba la cama, el sitio hundido en que se dibujaban las formas divinas de su cuerpo. Y su goce en estar allí, su pena de no ver en tal sitio á Clotilde, toda aquella emoción violenta le agotaba hasta tal punto, que no se atrevía á visitar á diario el temible lugar; acostábase en su fría alcoba, donde el insomnio no se la presentaba tan próxima y tan viva.

En medio de su pertinaz trabajo, Pascual tenía otro gran goce doloroso: las cartas de

Clotilde. Esta le escribía con regularidad, dos veces por semana, largas epistolas de ocho á diez carillas, contándole al pormenor su vida cotidiana. No parecía ser muy dichosa en París. Máximo, que ya no abandonaba su sillón de inválido, debía de atormentarla con exigencias de niño mimado y de enfermo, porque hablaba ella como reclusa, siempre de guardia junto á él, sin poder ni aun aproximarse á los balcones para dar un vistazo á la avenida por donde rodaba la ola mundana de los paseantes del Bosque; y en algunas de sus frases conocíase que su hermano, después de reclamarla con tanta impaciencia, sospechaba ya de ella, comenzaba á mostrar desconfianza y odio, así como á todas las personas que le servían, en su continuo recelo de ser explotado y desposeído.

Dos veces había visto Clotilde á su padre, siempre muy alegre, rebosando negocios, convertido á la república, en pleno triunfo político y rentístico. Saccard la había llamado aparte, para explicarla que ese pobre Máximo era verdaderamente insoportable, y ella muy valerosa si consentía en ser su víctima. Como ella no podía hacerlo todo, hasta tuvo la atención de enviar al día siguiente á la sobrina de su peluquero, una

jovencita de diez y ocho años, llamada Rosa, muy rubia y de aire cándido, para que en adelante la ayudase á cuidar del enfermo. Por supuesto, Clotilde no se quejaba, sino que, por el contrario, hacía alarde de un ánimo igual, satisfecho, resignado con la vida. Sus cartas rebosaban valentía, sin cólera contra la cruel separación, sin desesperados llamamientos á la ternura de Pascual para que la volviese á llevar á su lado. Pero entre líneas, ¡cómo la presentía estremeciéndose rebelde, anhelante por él, dispuesta á la locura de regresar en el acto, á la menor palabra!

Y esa palabra era la que Pascual no quería escribir. Ya se arreglarían las cosas; Máximo se acostumbraría á su hermana; el sacrificio debía consumarse hasta el fin, ya que estaba realizado. Con una sola línea que escribiese en un minuto de debilidad, perdíase el beneficio, se reanudaba la miseria. Nunca había necesitado Pascual tener un valor más grande que cuando contestaba á Clotilde. Durante sus noches ardientes, forcejeaba y la llamaba furioso; se levantaba para escribirla, para llamarla en seguida, por telégrafo. Luego, de día, después de llorar mucho, se le aplacaba la fiebre; y su

respuesta era siempre muy corta, casi fría. Estaba en guardia contra cada una de sus frases, y cuando creía haberse descuidado, empezaba otra vez. ¡Pero qué tormento aquellas horribles cartas, tan breves, tan heladas, en que iba contra su corazón únicamente por desligarla de él, por tomar sobre sí todas las sinrazones y hacerla creer que podía olvidarle puesto que él la olvidaba!

Eran los últimos días de Octubre y había pasado un mes desde la marcha de Clotilde, cuando una mañana tuvo Pascual una brusca sofocación. En varias ocasiones había sentido ya ligeros ahogos, que achacaba al trabajo. Pero esta vez fueron tan claros los síntomas, que no pudo equivocarse: dolor punzante en la región cardíaca, que se extendía á todo el pecho y bajaba á lo largo del brazo izquierdo; horrible sensación de quebrantamiento y de angustia, en tanto que le bañada un sudor frío. Era un ataque de angina de pecho. El acceso no duró más que un minuto, y al pronto se quedó más sorprendido que asustado. Con esa ceguera que muchas veces tienen los médicos acerca del estado de su propia salud, nunca sospechó que pudiera tener lesiones en el corazón.

Precisamente al recobrar el aliento, subía

Martina á decir que el doctor Ramond estaba abajo, insistiendo de nuevo en ser recibido. Y cediendo acaso Pascual á una inconsciente necesidad de saber, exclamó:

—¡Pues bien! Que suba, ya que se empeña. Tendré mucho gusto en recibirle.

Los dos hombres se abrazaron, y no hubo más alusión á la ausente, á la que con su marcha había dejado desierta la casa, sino un enérgico y triste apretón de manos.

—¿A qué no sabe V. por qué vengo?—exclamó en seguida Ramond.— Por una cuestión de dinero... Sí: mi suegro, el señor Lévéque, el escribano á quien ya conoce V., me ha vuelto á hablar ayer de los fondos que tenía V. en casa del notario Grandguillot. Y le aconseja que se mueva V., pues dícese que algunas personas han conseguido recobrar algo.

—Ya sé que eso se arregla—dijo Pascual.— Martina ha cobrado ya doscientos francos, según creo.

Ramond pareció extrañarse mucho.

—¡Cómo! ¿Martina? ¿Sin que V. haya intervenido?... En fin, ¿quiere V. autorizar á mi suegro para que se ocupe de su asunto? El pondrá en claro las cosas, puesto que V. no tiene tiempo ni gusto para esa tarea.

—Ciertamente; autorizo al señor Lévéque, y dígame V. que le doy gracias mil.

Luego, convenido ya este asunto, habiendo notado el joven su palidez y preguntándole por su salud, respondió con una sonrisa:

—Imagínese, amigo mío, que acabo de tener un ataque de angina de pecho... ¡Ah! no es pura imaginación; no ha faltado ningún síntoma... Y ¡vamos! puesto qué está aquí, va V. á auscultarme.

Al pronto negóse Ramond, aparentando tomar á broma la consulta. ¿Acaso un reclusa como él iba á atreverse á emitir un fallo acerca de su general? Pero, sin embargo, le examinaba, al verle con las facciones tirantes, angustiadas, y un raro extravío en el mirar. Concluyó por auscultarle con mucha atención, pegada al pecho la oreja. Transcurrieron varios minutos en profundo silencio.

—¿Y qué?—preguntó Pascual, cuando el joven médico se enderezó.

Este no habló en seguida. Sentía los ojos del maestro fijos en los suyos. No por eso los apartó; y ante la serena valentía de la pregunta, respondió con sencillez:

—¿Y qué? Es cierto: creo que hay esclerosis.



—¡Ah! Tiene V. la energía de no mentir— replicó el doctor.—Por un instante temí que mintiese V., y lo lamentaría de todas veras.

Ramond repetía la auscultación, diciendo á media voz:

—Sí, el choque es enérgico; el primer ruido es sordo, al paso que, por el contrario, el segundo es chillón... Se nota que el vértice desciende y se dirige hacia la axila... Hay esclerosis, ó por lo menos es muy probable...

Después añadió, levantándose:

—Veinte años se vive con eso.

—A veces, no cabe duda—dijo Pascual.—Y también se puede morir á escape, como de un tiro.

Siguieron la conversación, asombrándose con motivo de un extraño caso de esclerosis del corazón observado en el hospital de Plassans. Y al irse, anunció el joven médico que volvería en cuanto tuviese noticias del asunto de Grandguillot.

Cuando Pascual quedó sólo, comprendió que estaba perdido. Todo se aclaraba; sus palpitaciones de las últimas semanas, los vértigos, los ahogos; sobre todo, existía aquel desgaste del órgano, de su pobre corazón rendido de pasión y de trabajo, y el

sentimiento de inmensa fatiga y de próximo fin, acerca del cual ya no se hacía ilusiones ahora.

Sin embargo, no era temor lo que experimentaba. Su primera idea fué la de que también él, á su vez, pagaba su herencia, y que la esclerosis, esa especie de degeneración, era su lote de miseria fisiológica, el inevitable legado de su terrible ascendencia. Otros habían visto la lesión original, la neurosis, trocarse en vicio ó en virtud, en genio, en crimen, en alcoholismo, en santidad; algunos habían muerto tísicos, epilépticos, atáxicos; él había vivido de pasión é iba á morir del corazón. Y no temblaba, no se encolerizaba por esa herencia manifiesta, fatal y necesaria sin duda. Por el contrario, llenábale de humildad la certidumbre de que es mala toda rebeldía contra las leyes naturales. ¿Por qué se había jactado en otro tiempo, regocijado, con la idea de no pertenecer á su familia, de sentirse diferente y sin comunidad alguna con ella? Nada era menos filosófico. Sólo los monstruos brotan aparte. Y el pertenecer á su familia acababa por parecerle tan bueno y tan bello como pertenecer á otra cualquiera, porque, ¿no se asemejan todas ellas, y no es idéntica en todas partes la humani-

dad, con la misma suma de mal y de bien? Muy amansado y muy dulce ante la amenaza del sufrimiento y de la muerte, llegaba á aceptarlo todo de la triste vida.

Desde entonces, vivió Pascual con el pensamiento que podía morir de un momento á otro. Y esto acabó de engrandecerle, de elevarle hasta el completo olvido de sí mismo. No cesó de trabajar, pues nunca había comprendido mejor cómo el esfuerzo debe hallar en sí mismo su propia recompensa, siendo siempre transitoria la obra y habiendo de quedar inconclusa, á despecho de todo. Una noche, al tiempo de comer, le notificó Martina que Sarteur, el oficial de sombrerero, el antiguo acogido en el Asilo de las Tulettes, acababa de ahorcarse. Toda la velada estuvo pensando en el caso extraño, en el hombre á quien creía haber salvado de la locura con su tratamiento por medio de las inyecciones hipodérmicas, y que, con toda evidencia, acometido por un acceso, tuvo suficiente lucidez aún para estrangularse en vez de apretar el gáznate á un transeunte. Le parecía volver á verle tan perfectamente razonable, mientras le aconsejaba que tornase á su vida de buen operario. ¿Qué era, pues, aquella fuerza de destrucción, esa necesidad

de homicidio trocándose en suicidio, la muerte cumpliendo su tarea á pesar de todo? Con ese hombre desaparecía su postrer orgullo de médico que sana, y cada día, al volver á ponerse á trabajar, no se creía ya sino el escolar que deletrea y busca siempre la verdad, á medida que ésta retrocede y se ensancha.

Pero, sin embargo, en medio de aquel sosiego final, un cuidado le quedaba: el de saber qué sería de *Bonifacio*, su decrépito rocín, si éste le sobreviviese. Ahora, el pobre animal, completamente ciego, con las piernas parálíticas, no abandonaba ya un momento su lecho de paja. Pero cuando iba á verlo su amo, le oía, volvía la cabeza, y era sensible á los dos sonoros besos que le plantaba á los lados de la nariz. Toda la vecindad se encogía de hombros y se burlaba del viejo pariente á quien el doctor se resistía á mandar descuartizar. ¿Iba á partir primero él, con la seguridad de que en seguida llamarían al desollador? Y una mañana, al entrar en la cuadra, ya no le oyó *Bonifacio* ni levantó la cabeza. Había muerto; yacía con aspecto apacible, como consolado por haber muerto allí dulcemente. Su amo se arrodilló, y le volvió á besar y le dijo adiós,